

CAPÍTULO LXXVIII

LA NOVELA ROMÁNTICA.

El cultivo de la novela tardó mucho en aclimatarse en España. Con haber tenido nuestra patria excelentes modelos en los siglos XVI y XVII, y en la de costumbres haber descollado tan excelso é incomparable Maestro como Cervantes, el género novelesco dejaba casi de cultivarse á principios del siglo XIX.

Traducciones del francés ó del inglés eran las obras que se publicaban generalmente. En 1836 todavía era reimpressa *Julia ó la Nueva Heloisa*, traducida por Marchena, como exquisito plato de gusto para las almas sensitivas. El editor (Barcelona: Imprenta y librería de Oliva, 1836), hacía saber al público lo siguiente:

« Aunque hayamos seguido el mismo plan de uniformidad en todas las novelas que van ya publicadas en nuestra colección, como son *La Extranjera*, de Arlincourt; *La Abadesa*, de Ireland; *El Solitario*, de Arlincourt; *El Hijo del Carnaval*, de Pigault-Lébrum; el *Waverley*, de Sir Walter Scott; *El Renegado*, de Arlincourt), y las *Poesías* de Iglesias, en las que se ha conservado la misma impresión, tamaño en 16.º, papel, viñetas de adorno, etc., y aunque seguiremos el mismo en las demás novelas que vamos publicando, hemos creído que sería conveniente el que en la presente edición de la *Nueva Heloisa* nos separásemos del plan establecido. » (Ofrece en su apoyo dos razones: por economía y prontitud). Añade después lo que copiamos:

« Al enriquecer nuestra colección con *Julia ó la Nueva Heloisa*, de J. J. Rousseau, creemos ofrecer una obra cuyo prestigio y celebridad son indisputables, una obra maestra de elocuencia original, que rebosa de ternura á la par que de profunda filosofía. No es una jerga de intrigas, una aglomeración de lances inverosímiles ó inesperados, y una mezcla confusa de personajes malvados y virtuosos, de acciones buenas y protervas. Su plan es sencillo, el desarrollo natural; sus personajes guiados por la virtud y la generosidad, pueden tener debilidades, ningún hombre está escento de ellas; pero éstas dan aún mayor realce á su conducta virtuosa, y penetran el corazón del lector en lo más íntimo de su sensibili-

dad. La naturaleza débil de los hombres los conduce al error, les extravían las pasiones; y hasta Rousseau ningún novelista habíamos enseñado la senda para pasar del vicio á la virtud, sea cualquiera el grado de aquél á que uno se haya adelantado. ¡Qué verdad en los caracteres de los personajes de esta novela! Una Julia que toda es sensibilidad y dulzura, tan buena hija como tierna madre y tan ardiente amante como fiel esposa; el lector la ve, contempla una de aquellas vírgenes llenas de blandura, de candor y de juicio, trazadas por el pincel divino de Rafael. No la ama menos que San Preux, y las desgracias de estos dos amantes le causan una tierna emoción, y humedécenle sus párpados casi sin sentirlo. ¡Qué embeleso no produce la amistad de Clara y la de milord Eduardo, cada uno sirviendo de contrapeso al ímpetu con que una pasión de fuego arrastra á Julia, y mucho más aún á su amante! No se presenta éste menos interesante en su delirio y arrebatos, que en su circunspección y en la lucha de sus virtuosos sentimientos con la pasión que le domina. Por fin, el carácter filosófico, grave y bondadoso de Wolmar y su calculado sistema doméstico, nos hacen partícipes de la dicha y tranquilidad que reina en su familia. Estendernos más sobre las bellezas de esta obra como novela, sería una tarea interminable y los Suscriptores podrán juzgar de ellas; pero en la *Nueva Heloisa* no les ofrecemos solamente una novela, sino una obra moral y filosófica, un tratado de costumbres, de educación, un conjunto de profundas y sabias reflexiones sobre las varias situaciones de la vida y otros asuntos de no menos interés. Por fortuna se trata de una obra ya conocida, de una obra inmortal que todo el mundo admira, y se verá por consiguiente que cuanto acabamos de decir, lejos de ser un vano encarecimiento para ensalzar nuestra Colección, nos deja aún muy cortos en razón á las alabanzas de que es digna *La Julia ó la Nueva Heloisa*. »

El editor promete que publicará en seguida la novela titulada *Malvina*, de Madama Cottin.

Con las traducciones alternaban algunas reimpressiones de las novelas clásicas de nuestro siglo de oro. El año de 1829 se publicó en Madrid, imprenta de don Pedro Sanz, que tenía librería en la calle de Carretas, *La Vida y Hechos del Pícaro Guzmán de Alfarache*. Dos tomos en 8.º, con una Advertencia del editor, que dice así:

«Observando el singular agrado con que recibe el público español las reimpressiones de varias novelas originales nuestras y que el gusto á nuestra literatura crece y se extiende cada día más dentro y fuera de la península, he determinado dar esta nueva edición del *Guzmán de Alfarache*, que se ha procurado sacar mucho más correcta que todas las anteriores...

»Respecto del mérito de esta novela, fuera muy por demás encarecerlo, por universalmente reconocido. Sin embargo, no podemos resistir al deseo de copiar, en obsequio de los menos instruidos en nuestra literatura, el elogio que de ella hizo el alférez Luis de Valdés, que hace formar idea de la obra.»

De Florián, aquel osado escritor francés que quiso terminar y concluir la her-

mosa obra de Cervantes, *Galatea*, se hizo una traducción. Y su *Gonzalo de Córdoba ó La Conquista de Granada*, fué también traducida y se repitieron las ediciones. De Chateaubriand se pusieron en castellano *Atala*, *René*, *Los Natcher* y *Las aventuras del último abencerraje*.

De madama Staël nos dieron á conocer *Corina ó La Italia*; de Ana Radcliffe varios de sus estupendos relatos; de madama Cottin *Matilde ó las Cruzadas*, *Malvina* y otras, y de madama Genlis *El sitio de la Rochela*, *Alfonso ó el hijo natural*, y algunas más.

Preferentemente llamó la atención de todos el original novelista histórico Walter Scott. Sus obras fueron conocidas y celebradas por su encanto y arte descriptivo, y en la literatura romántica quedaron huellas de su manera y método, aunque los imitadores no alcanzaron nunca, ni aun muy lejanamente, á seguir los primores y perfecciones del maestro.

Por los mismos años que se publicaban las traducciones de Walter Scott, se dieron á conocer también versiones de algunas novelas históricas de Fenimore Cooper y de Bullwer.

El editor Cabrerizo, de Valencia, lo mismo que J. Oliva, de Barcelona, y otros, inundaron á España de novelas extranjeras.

Pero novelas de autores españoles no aparecieron sino después de aquella invasión extraña, y no las hubo algo aceptables hasta que no empezó á publicar Repullés (Madrid, 1833 y 34) su *Colección de novelas históricas originales españolas*.

Entre los primeros ensayos que se publicaron en España de la novela histórica, es uno de los mejores el que escribió Larra. La pasión amorosa que le tenía dominado y fué causa de su muerte, inspiróle el tema propio para su obra. Quiso presentar la vida triste y desgraciada de un gran trovador, del enamorado Macías, doncel de Don Enrique el Doliente.

Su novela parece calcada en los libros caballerescos. La pintura de la época resulta bien hecha. El estudio de los tiempos pasados le abre el camino para penetrar en la sociedad castellana que se proponía describir, y ofrece escenas de costumbres que seducen por la fidelidad.

La lucha de pasiones que relata tenía mucho parecido con la que devoraba su corazón por tragedias amorosas. También él había sido desgraciado como Macías. También él fué víctima de un amor imposible.

El bizarro trovador de los tiempos de Don Enrique el Doliente préndase de una belleza de la corte, sin que lograra ser correspondido. Elvira, la inseparable amiga de la esposa del Conde de Villena, era casada y rehusó siempre las trovas suplicantes del adorador. Escuchaba sin atender los ayes del enamorado. Pero aquellas contrariedades exacerbaban cada día más su pasión. No había medio para él de consuelo.

Un suceso inesperado encendió más el amor en el corazón del doncel. La misma Elvira, concedora de una infamia cometida por Don Enrique de Villena contra su esposa (arrebatáronla varios, al parecer conjurados, de su misma casa en

presencia del Conde, trazador y cómplice en la maldad); la misma Elvira, decimos, iba á ser ante el Monarca la acusadora de la felonía del magnate. Don Enrique quería divorciarse violenta ó legalmente de su mujer, pues procuraba ser nombrado gran maestro de Calatrava, cosa imposible si estaba viva. Por eso corrieron voces de que la secuestrada había perecido á manos de aquellos sicarios.

Corazón hermoso el de Elvira, arrostró todos los inconvenientes para conseguir que se hiciera justicia. Disfrazada, aunque sospechando el doncel quién se ocultaba bajo las negras vestiduras, prometió ser éste el mantenedor en el juicio de Dios que habría de celebrarse para comprobar, según la costumbre de entonces, la acusación.

Don Mariano José de Larra presenta con verosímil exactitud la visita de la acusadora al Rey. Interesantísimo pasaje de la narración, que merece ser reproducida:

«Presentóse en seguida de los embajadores franceses un demandadero de Calatrava, el cual anunció á su alteza la infausta noticia de la muerte del maestro.

— Lo sabíamos, dijo el rey, y hoy mismo le nombraré sucesor.

Apenas se había retirado el demandadero, cuando se dejó ver en las puertas del salón, precedida de dos dueñas vestidas de negro, una dama enlutada y con antifaz que le tapaba completamente el rostro. Grande fué la sorpresa de los cortesanos todos: examinaban detenidamente sus contornos por si descubrían quién fuese la que de aquella manera se presentaba.

Llegóse la tapada lentamente hasta los pies del trono, y prosternóse en actitud de esperar á que su alteza le diese licencia para hablar.

— Alzad, señora, alzad, dijo el rey, y declarad qué causa extraordinaria os fuerza á venir de esta manera.

— ¡Justicia, señor, justicia! exclamó con doliente voz la arrodillada dama.

— Alzad, y contad vuestras cuitas, repuso su alteza: nunca el rey de Castilla negó justicia á nadie.

— Señor, prosiguió la dama, levantándose y mirando en derredor con notable inquietud, como si buscase á alguien que apoyase la demanda que iba á hacer, señor, un crimen se ha cometido en tus dominios, en tu villa de Madrid, en tu propio palacio.

— ¿Un crimen?

— Un crimen, y crimen destinado á quedar impune. Los poderosos que rodean insolentemente tu trono, validos de tu favor, son, señor, los que infringen tu justicia, y los que la arrastran. Doña María de Albornoz, la ilustre condesa de Cangas y Tineo, ha sido asesinada...

— Lo sabemos, dueña, dijo Don Enrique, y ya hemos dado nuestras órdenes para que se descubran los autores de tan horrible atentado.

— ¿Los autores, señor? Uno hay no más, y ese no corre los campos fugitivo á esconder como debiera debajo de tierra su insolente rostro; ese se ampara en tu misma corte. Ese nos oye.

—¿En mi corte? dijo el rey.

—En tu corte, prosiguió la dama: él nos oye, y él recibe tus beneficios...

—Nombradle, dijo el rey, nombradle.

—Sí, añadió con voz trémula el de Villena, echando el resto á su mal sostenido disimulo; ¿quién es?

—¡Vos! respondió una voz tonante, vos.

—¿Yo? preguntó Don Enrique: ¿yo?

—¡Don Enrique! repitieron en voz confusa casi á un mismo tiempo los señores todos que rodeaban el trono.

—¡Santo cielo! exclamó el agitado conde, volviéndose al rey con ademán y gesto hipócrita. ¿No me bastaba, señor, que una fatal estrella me privase de mi esposa: era preciso que la calumnia se uniese á la alevosía, y que Don Enrique de Villena se viese así ultrajado en tu misma corte y en tu presencia misma?

—¿Y sabéis, incauta dueña, dijo el rey, que la pena del talión espera al impostor?...

—Sólo sé que el crimen debe denunciarse y desenmascararse al criminal.

—A tiempo estáis de desdeciros...

—Desdecirme... exclamó la dama enlutada, clavando en Don Enrique los ojos, que aparecían en medio de su antifaz como los relámpagos que rasgan la negra nube en medio de una noche tempestuosa. Jamás.

—En ese caso es forzosa la muerte del delincuente ó la vuestra.

—¡Nadie, nadie! —dijo entre dientes la demandante, mirando á las puertas y escuchando con la mayor ansiedad. ¿No hay un caballero, exclamó entonces con despecho, volviéndose á los cortesanos todos, no hay un cortesano siquiera del poderoso rey de Castilla, que sepa empuñar una lanza por la inocencia, que salga por una mujer?

Movido á lástima el rey al ver la situación de la enlutada, alzóse en el trono y puesto en pie: —Don Enrique, dijo, estoy seguro de vuestra inocencia, y el cielo en todo caso saldrá por ella.

—Dueña, continuó el rey con entereza, ¿sabéis el nombre que habéis tomado en boca y la persona á quien ultrajáis..?

—La verdad nunca pudo ser ultraje.

—¿Sabéis á ciencia cierta lo que dijisteis?...

—Juráralo si fuera menester.

—¿Qué caución dais de vuestras palabras? ¿quién sois? ¿por qué venís tapada á acusar al delincuente? La verdad trae la cara descubierta á la faz del sol. La mentira es la que se esconde.

Adelantóse después un farante por orden del rey, y en la fórmula del tiempo, anunció tres veces en alta voz la acusación hecha á Don Enrique de Villena.

Ningún caballero se presentaba á ser el sostenedor de la acusadora. Quiso el mismo rey, compasivo, requerir por última vez un defensor; y dijo:

— Ricos hombres, caballeros, ¿quién de vosotros toma esta demanda? El caballero que se proclame su defensor, recibirá este anillo como prenda de la dama (el anillo que presentó la misma dama) que va á defender, y si sale con victoria de la prueba á hierro y demuestra en el palenque, con el favor de Dios, la verdad de la acusación, este anillo le servirá de seguro para los días de su vida: la persona que me lo presente logrará la gracia que pida, y su dueño será libre de toda pena en el momento de presentarlo. ¿Quién de vosotros toma la demanda de la acusadora?

— ¡Yo! — exclamó una voz estentórea que resonó fuera de la cámara todavía.

— ÉL ES, gritó con penetrante alarido la enlutada, y el exceso de la alegría, pudiendo más en su alma que el pasado dolor, la derribó sin sentido en brazos de sus dos dueñas...

Entonces, en aquellos momentos de solemne conmoción, cuando todos se fijaban en el resuelto ademán y pasos precipitados del novel aventurero, y cuando el conde de Villena decía, como herido de su soberbia:

— No responderé nunca, señor, á la acusación de dos enmascarados.

— ¿Y responderéis á la mía?, preguntó alzándose la visera el denodado manco.

— ¡Macías!, exclamó el rey. ¡Macías!, repitieron asombrados los más de los que presentes estaban. »

La suerte estaba echada. La historia habría de tener el fin más horroroso. La fatalidad y la perfidia se pondrían de acuerdo para que el mal triunfara y el bien y la justicia quedasen vilipendiados y perseguidos. Ni los juicios de Dios ni los de los hombres podían verse victoriosos cuando los engaños de la corte y de sus palaciegos disponían de medios tan poderosos como los del mismo Monarca para burlarse de sus propósitos de administrar rectamente justicia.

La venganza del magnate se sobrepuso á todo. Elvira, corazón generoso, denunció las maldades del inicuo Conde de Villena; pero su pobre esposa, recluida quedó y esclavizada, por su orden, en un castillo del marido, expuesta á morir en el más cruel desamparo, en la más completa desesperación. Aquellos grandes, aquellos poderosos, podían ser muy buenos en apariencia; pero en la práctica desconocían hasta las más vulgares nociones de la caridad. Amor al prójimo no podían tener los que estaban dominados en todos sus actos por los instintos bestiales de su conveniencia ó sus odios.

Si una joven de resolución enérgica y de alma nobilísima desenmascaraba ante el Rey en su misma corte el crimen realizado por un alto pariente suyo, por el Conde de Villena, los juicios de Dios no valdrían para nada; ni habría de quedar prevalecedor quien quisiera arriesgar su vida por el triunfo de la verdad; sino que superarían las vilezas de los malvados para la consecución de los más miserables proyectos.

¿De qué había de servir en una corte tan corrompida y menguada que un joven de entereza y resolución, aun con el beneplácito de su Monarca, como Macías el enamorado, tomase á su cargo deshacer en público torneo la injusticia cometida contra su esposa por el ambicioso marido, si éste, instigado de furiosa venganza, para impedir que el pundonoroso doncel cumpliera su palabra, encerrábale en el mismo castillo donde martirizaba á su mujer, y allí murió á manos de los mismo verdugos del Conde?...

La novela de Larra cautiva la atención por las peripecias amorosas que revelan las situaciones á que da motivo el grande acendradísimo cariño que profesaba á la adorada de su alma el tierno trovador Macías.

Nadie como el gran escritor del siglo XIX pudo describir con más verdadero sentimiento, con mayor colorido, la tragedia amorosa que en el siglo XIV principió en el cariño del doncel de Don Enrique el Doliente á una dama de la corte; y no tuvo fin sino en la propia muerte del mal afortunado caballero, espejo de enamorados fieles y leales.

Larra atribuye la siguiente tristísima canción á Macías cuando estaba preso por el Conde:

¿Será que en mi muerte te goces impía,
O pérfida hermosa, muy más aun ingrata?
¿Así al tierno amante, más fino, se trata?
¿Cabrá en tal belleza tan grande falsía?
¡Llorad! ¡ay! mis ojos, llorad noche y día!
Mis tristes gemidos levántense al cielo,
Pues ya en mi tristura no alcanzo consuelo;
Dolor hoy se vuelva lo que era alegría.

.....

La copa alevosa que amor nos colmó
También heces cría, señora, en mi daño.
Sus heces son ¡ay! fatal desengaño.
La copa y las heces mi labio apuró.
¡Ay triste el que al mundo sensible nació!
¡Ay triste el que muere por pérfida ingrata!
¡Ay mísero aquel, que así amor maltrata
¡Ay triste el que nunca su dicha olvidó!

¿Por qué, justos cielos, en pecho amador
Tiranos me disteis una alma de fuego?
¿Por qué sed nos disteis, si en tósigo luego,
Bebido, en el pecho se torna el licor?
Contempla, señora, mi acerbo dolor.
¡Ay! torna á mis brazos, ven presto, mi Elvira;
Ingrata, aunque sea, como antes, mentira,
La dicha me vuelve, me vuelve tu amor.

No más á mis ruegos te muestres impía,
O pérfida hermosa, muy más aun ingrata.
No así al tierno amante, más fino, se trata.
No quepa en tu pecho tan grande falsía.
Dolor no se vuelva lo que era alegría.
Mas ¡ay! si en mi pena no alcanzo consuelo,
Si en vano mis quejas se elevan al cielo,
¡Llorad ¡ay! mis ojos, llorad noche y día!

Adivina muchas veces el novelista por el estado angustioso de su alma lo que hubo de pasar también por el alma contristada del trovador en momentos críticos.

Por eso, — debemos decirlo, — hay pasajes en la novela, y abundan que, trayendo á la memoria recuerdos desventurados de amores del autor, notan algunos curiosos pormenores y palabras que parecen tener semejanzas de autobiografía en medio del interés que descuella en los más culminantes puntos del relato.

Larra, que al escribir un drama sobre el mismo tema, no fué afortunado, consiguió en su novela un nombre distinguido como novelista.

Su obra está escrita en buen castellano, con mucho interés, con brioso estilo, con creciente entusiasmo y sentimiento. Es una producción muy notable por la original viveza de la descripción en personas y costumbres y por aquel sabor romántico que era tan peculiar en los tiempos del autor.

Alcanzó nombre famoso como novelista don Patricio de la Escosura, que cultivó el género histórico con algún éxito, aunque afeado con inverosimilitudes. Tal sucede en *Ni Rey ni Roque*.

La más conocida de sus producciones es *El Patriarca del Valle*, obra inspirada en la labor de Eugenio Sué. Tiene alguna semejanza con un plan simbólico, extraño y lleno de sorpresas, donde van apareciendo y desapareciendo personajes que tienen significación especial en la vida política de España en las primeras décadas del siglo XIX.

Pero querer aclarar las nebulosidades en que quedan envueltas las figuras, es imposible, aunque algo se vislumbra á través de los artificios de la narración.

La trama novelesca se prestaba á todas las ventajas de la inventiva, teniendo como tenía Escosura destreza é imaginación para idear sorprendentes escenas y casos románticos que superaban á toda fábula.

Desde la muerte del Rey Fernando, principalmente, ya que no nos alejemos más, ¡cuánto material aprovechable no tenía á su disposición Escosura para las combinaciones que su ingenio pudiera sugerirle!

El asalto de los conventos, la matanza de los frailes, los conciliábulos de los carlinos, las reyertas de los exaltados, las luchas de los políticos, las asechanzas de los enemigos de la libertad, el vicio y la inmoralidad en las esferas palaciegas, el resellamiento de antiguos liberales, la venta de las conciencias, la sublevación de la Granja, la supresión legal de las órdenes monásticas, la salvaje guerra civil... todo aquel caos de odios, de esperanzas, de apetitos, de ambiciones, donde sólo se ven, sobresaliendo entre tantas miserias, los hombres que supieron sacrificarse con amor y con verdad por la causa del pueblo, al que despreciaban los vividores políticos, después de satisfacer sus miras egoístas ambiciosas.

Si Escosura, militar, joven ilustrado, perseguido, conocedor de la vida política y sus intrigas, con ambiciones de hombre público, acertó á decir algo enigmático y en figura de la farsa entonces imperante, perdón merece su atrevimiento. Lo que habrá que disculpar en él, en todo caso, será que no pudo dejar una labor maestra para conocimiento y estudio del período que revelaba por haber envuelto muchos hechos con apariencias simbólicas.

De mucho de lo que pasaba en aquel tiempo vaya la siguiente muestra que trae en su *Crónica contemporánea* el señor Velázquez y Sánchez:

«La Gobernadora residía en el Real Sitio de la Granja, entregada á las delicias de las ostentosas fiestas cortesanas y el amor de un joven apuesto que había de convertir á la viuda del séptimo Fernando en la Duquesa de Ríanzares. Cristina no era ya el idolo del pueblo, y su aureola de semidiosa empezaba á perder los rayos de su fúlgida luz, porque la perfidia de las tácticas palaciegas salían á plaza en deslustre de su nombre, y las anécdotas de su caprichosa afición pasaban de los salones aristocráticos á las bohardillas.»

Don Patricio de la Escosura llegó á ser político de importancia, aunque por sus veleidades no logró la respetabilidad que suele dar la consecuencia en unos

mismos ideales. Fué más emprendedor que afortunado, aunque no se le puede negar talento y sagacidad para salir adelante en lo que iniciaba. Si no llegó á ser un novelista superior, no fué porque le faltaran condiciones, sino por el prurito de singularizarse en empeños especiales por espíritu de imitación, que le perjudicaba para la original y no le favorecía sino en lo estrambótico ó llamativo de los detalles. Aunque sus obras eran bastante leídas, no llegaron á ser populares.

Nadie compitió en esto con don Wenceslao Ayguals de Izco, autor de muchas novelas de espíritu verdaderamente innovador, imitadas de los franceses, escritas con amplio criterio social, donde se defendía á los pobres jornaleros contra las odiosas divisiones de clases y la imposición de los ricos sobre los desheredados de la fortuna. *María ó la hija del jornalero* y otras de la misma índole adquirieron una popularidad asombrosa. Sus obras fueron más leídas que las de todos sus contemporáneos.

Ayguals fué propagador infatigable del proletariado español.

La fecunda imaginación del novelista penetraba en el hogar del pobre, del trabajador, del necesitado, y ya describiendo sus cuitas y sinsabores, ya la mísera recompensa de sus duras faenas, ofrecía el cuadro lastimoso de los jornaleros y de sus mujeres é hijos, esclavos de los caprichos de los amos y de las infamias de la sociedad y de los Gobiernos; siempre luchando con el hambre, con el desamparo, con las enfermedades, para morir como seres abyectos en el hospital ó en el asilo...

Estas pinturas reales de la vida del obrero en España eran humanitariamente bellas. Si la pluma del novelista no decretaba leyes en beneficio de los humildes abandonados, por lo menos decía la verdad y sostenía los sagrados derechos de los infelices para enseñarles á pedir sus justas reivindicaciones sociales.

Ayguals de Izco era más propagandista que buen escritor.

Novelas históricas intentaron escribir don José de Espronceda y don José García Villalta; pero no acertaron en su tarea. El primero, tan admirable como lírico, tuvo tan nulas aptitudes para la novela, que parecería de un principiante sin destreza ni numen inventivo su obra *Sancho Saldaña ó el castellano de Cuéllar*, narración del siglo XIII, si no supiésemos que era producto del mismo talento que ideó aquella maravilla de riquísima fantasía que se llama *El Diablo mundo*.

El Golpe en vago se titula el relato novelesco histórico que escribió el amigo de Espronceda y amigo afectuoso de Zorrilla, don José García Villalta. La escena se describe en el siglo XVIII, y tiene el fin de presentar un cúmulo de emboscadas y maldades, muy propias de los solipsos, para impedir la realización de un matrimonio.

Novela histórica fué también *Doña Isabel de Solís*, inspirada en la manera de Walter Scott, según pretendía el imitador, don Francisco Martínez de la Rosa.

En un período de diez años publicó su *Doña Isabel de Solís, reina de Granada*. Es posible que esa lentitud en la producción, obedeciera al deseo de perfeccionar el trabajo estudiando detenidamente el punto histórico. Pero no llegó á realizar tal propósito. La novela resulta pesada, y aun lo que se refiere á la tradición, base del relato, carece de naturalidad é interés.

No debemos olvidar á don Ramón López Soler, que desde el año de 1830 había publicado su primera novela histórica, al estilo de Walter Scott. En los *Bandos de Castilla ó el caballero del Cisne*, que así se titula la obra, describense los tiempos de Don Juan II, habiendo más escenas de relumbrón caballeresco y lances guerreros, aventuras de amor y galanterías andantescas, que verdadera descripción de personajes y costumbres. El autor era un romántico convencido y se proponía ser imitador del gran novelista escocés; no lo logró, á pesar de sus deseos.

Don Estanislao de Cosca y Vayo escribió también novelas históricas, alguna de ellas elogiada por don Serafín Estévez Calderón. Y dieron á la estampa varias del mismo género don Isidoro Villarroya y don Pascual López, que era escolapio.

El mismo don Serafín Estévez Calderón dejó un ensayo de novela. Titulábase *Cristianos y moriscos*. Es una producción especial: una novela lastimosa, doblemente trágica. Cuéntanse en ella los amores de un caballero cristiano con una morisca bautizada. El principal objeto de don Serafín, no fué tanto el de novelar un caso trágico entre dos amantes, como el de dejar un dechado delicadísimo de su portentosa aptitud como estilista.

Un distinguido poeta, autor de la lindísima poesía *Una gota de rocío*, de la que hemos hablado en anteriores capítulos, don Enrique Gil y Carrasco, fué el autor de su tiempo más inteligente y distinguido en la buena novela histórica. *El señor de Bembibre*, se publicó en Madrid el año de 1844. En Febrero de 1846 murió el autor en Berlín, cuando aún no había cumplido 31 años. La novela de Gil obtuvo aplausos y parabienes del Barón de Humboldt.

La fama del dulce poeta y castizo prosista, no fué realmente apreciada sino después de su muerte. Particularmente, desde el año de 1883, en que se coleccionaron sus obras por don Joaquín del Pino y don Fernando de la Vera é Isla, se ha llegado á estimar su excelente novela con la atención y el estudio que se merece.

Don Gumersindo Laverde Ruiz ha escrito que «Enrique Gil fué novelista que descuella entre los que con mayor fortuna han seguido en España las huellas del inmortal Walter Scott». Valera le encomia por «su interesante novela *El señor de Bembibre*».

Y el padre agustino Blanco García, dice por su parte lo siguiente:

«Ya advirtió el señor Vera é Isla la semejanza de argumento entre el *Señor de Bembibre* y *The bride of Lammermoor*, del gran maestro escocés; pero como esta semejanza pudiera hallarse en otros muchos autores, y las diferencias son en todo lo demás tan radicales y profundas, concluye fundadamente que no hay motivo para desconocer en Enrique Gil el mérito de la originalidad.

Ni cabe (añade el señor Blanco García) que sean imitados aquel tono tan suyo, tan uniforme é inconfundible, aquel sentimiento tan natural de la naturaleza, aquella transfusión de su propio sér con el de los personajes; todas las condiciones de poeta, en fin, que en él se sobreponen á las de novelista, y las transforman y abrillantan. Doña Beatriz y Don Alvaro están hechos á su imagen y semejanza, coronados, como de vaporosa aureola, de un fulgor pálido é indeciso, que pone en sus frentes la desgracia inmerecida y pertinaz. Como si un adverso signo los persiguiera, ellos, á quienes el cielo parecía *un alma partida en dos*, nobles, generosos y mutuamente enamorados, ven formarse en un momento las nubes de la tempestad que los hiere con un solo golpe definitivo y los separa con fiereza inexorable.»

Merecen recordarse en el género romántico histórico *El Auto de Fe*, por don Eugenio de Ochoa; *La Casa de Pero Hernández*, por don Miguel Agustín Príncipe; *El Barbero de un privado*, por don Isidro Gil, y otras novelas de autores regionales, que lograron aceptación.

Las aficiones é influencia que ejercían sobre los escritores españoles en el período del año 30 al 50 los autores extranjeros de más nombre, motivaban una invasión de novelas que produce evidente confusión para la lectura, clasificación, mérito é importancia de cada una. En la novela fué España más desafortunada que en otros géneros, donde la revolución romántica encontró cultivadores ilustres que produjeron obras de superior relieve.

En lo que llevamos dicho hasta aquí, puede comprobarse algo de la verdad de nuestros asertos.

La escuela francesa, sin embargo, llegó á dominar de tal modo, que casi no hay novela en aquel período que no contenga rasgos distintivos de determinados autores extranjeros. Los partidarios de las formas de Sué, fueron de los que antes las copiaron. Ya lo hemos notado en las novelas de Escosura y de Ayguals de Izco.

También imitó al mismo escritor don Antonio Flores en su estrambótica producción *Fe, Esperanza y Caridad*. No es ésta una novela de costumbres, con tendencia social, sino abigarrado conjunto de cosas disparatadas y sorprendentes, para despertar la curiosidad y crear situaciones de interés que, ya participan de lo trágico, ya de lo cómico ó son ridículamente inverosímiles. La impresión del momento es lo que se propone el autor, y á ella lo subordina todo, importándole poco que descontente á los lectores con tal de salirse con su gusto. Lo mismo en la pintura de los caracteres que en las diferentes escenas, ó hay exageración ó falta de naturalidad. Los personajes resultan figurones y los actos más repulsivos se enlazan con los más sanos propósitos.

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda escribió algunas novelas que alcanzaron mucha aceptación, y procuró imitar el estilo de Alejandro Dumas, y á veces la manera de Víctor Hugo, no olvidando á Jorge Sand.

El juicio más acertado que se ha hecho de esta autora, es el de don Juan Valera. Dice, pues, que escribió muchas novelas; pero que cualquiera que sea el mérito de estas obras, la moda y el gusto que influyeron en producirlas, han pasado ya, y es muy de temer que las obras pasen también y se olviden.

«Tal vez persistan más (añade) la reputación de autora de la Avellaneda y el deleite y aplauso con que se lean sus escritos en prosa, si atendemos á sus narraciones cortas, cuentos y leyendas, de los cuales escribió bastante también: *El artista Barquero*, *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El ama blanca*, *La Baronesa de Toux* y *El cacique Turmequé*.»

Cultivaron la novela histórica don Vicente Barrantes, autor de *Juan Padilla*, *La Viuda de Padilla*, y otras; don Francisco J. de Orellana (*Isabel 1.^a*, *Quevedo*, *Cristóbal Colón*) y varias más, y el señor Navarro Villoslada, que dejó una obra notable en *Doña Blanca de Navarra*.

En *La Patria* (1848) empezó la publicación *De Villahermosa á la China*, el mi-sántropo y excelente escritor don Nicomedes Pastor Díaz. *Coloquios de la vida íntima*, llama á esta novela su autor, que se dió completa á la estampa en 1858 (Madrid). Don Nicomedes fué muy raro, «el más romántico de todos nuestros modernos poetas, al decir de Valera, si como calidades principales y características del romanticismo, consideramos la melancolía, las quejas contra la suerte, la lúgubre visión de cuanto hay en el mundo, el deseo de morir y el odio á la vida.»

Una historia de espiritualismo especial con afectos contrariados, donde las almas encuentran la felicidad sacrificándose en aras de los principios religiosos. Caso agudo de romanticismo célico, conforme con el modo peculiar de ser y pensar de don Nicomedes, quien creyó que los poetas traían al mundo una *misión* que cumplir. Manifestación bizarra de su imaginación debe considerarse su relato más bien que como primera novela psicológica, como pretende el P. Blanco García.

Agunas novelas publicó don Antonio Hurtado, especialmente *Cosas del mundo* (1850) que había visto antes la luz en el periódico *El Español*, despertaron la curiosidad. Iniciaba nuevo procedimiento en el arte de la novela española con tendencias de realismo, aun no bien definidos los límites de la variación y la manera.

Como novelador fecundo y excepcional era ya conocido don Manuel Fernández y González (nació en Sevilla, 1821, y murió en Madrid, 1888), cuya labor empezó bien y con esperanzas de seguros adelantos; pero la exuberancia de producción y la facilidad en escribir, convirtieron en prostitución lo que pudo ser hermosa manifestación del arte literario. Los apetitos industriales de varios editores dieron un resultado fatal. La inventiva de los autores estaba supeditada á los cálculos de la ganancia. Se producía mucho, atropelladamente, sin esmero ni perfección. Pocas obras notables quedarán para justificar los grandes méritos de Fernández y González. *El Cocinero de Su Majestad*, *Los Monjes de las Alpuja-*

rras, *Don Alvaro de Luna*, *Men Rodríguez de Sanabria*, y alguna otra, que conservarán su nombre en los fastos literarios, servirán para que entreguemos al olvido el sinnúmero de producciones que dejó pésimamente compuestas, mal pensadas y mal escritas.

Lo mismo, ó casi lo mismo, puede decirse de la labor novelesca de Pérez Escrich (don Enrique), don Ramón Ortega y Frías, don Torcuato Tárrego y Mateos y algún otro.

Entre cientos y cientos de volúmenes que propagaron los delirios de un nuevo romanticismo de la imaginación, que duró hasta 1890, rarísimos son los que podrían conservarse por sus méritos descriptivos, notables pinturas de costumbres ó singulares dotes de buen estilo literario.

Hablaremos de las novelistas más adelante.
